

el segundo se «apresuró a exhibir su título de miembro correspondiente en la portada de *Peregrinación de la luz del día*»⁴⁰. Más tarde, explica esta decisión en *Evolución de la lengua castellana* (1876):

...no he vacilado aceptar el honor ofrecido por la Academia, porque no pienso que ella excluya por sistema del círculo de sus asociados a los que no creen en la inmovilidad y fijeza de los idiomas, por más que una academia por la naturaleza misma de su institución esté llamada a respetar y servir la estabilidad y pureza de la lengua⁴¹.

En primer lugar, hay que resaltar que cambia su actitud frente a la Academia Española: acepta cooperar con ella. Pero hay que agregar, por otro lado, que aún mantiene sus ideas juveniles. Comparte con Gutiérrez la misma concepción de la lengua y todavía tienen la misma imagen negativa sobre la cultura decimonónica de España. Sin embargo, a diferencia de su viejo amigo, nuestro autor no cree ya en la posibilidad de una nueva conquista hispánica:

...qué temor puede inspirar una conquista que no cuenta con más ejército que la Academia, ni más arma que el idioma/.../ una conquista gramatical es como una conquista amorosa puramente platónica y abstracta...⁴².

A esta altura podemos concluir que ya no expresa como en su juventud un rechazo por España. Por el contrario, sus deseos de restablecer las relaciones con ella, como hemos ya citado, fueron reiteradamente señalados en varios escritos. Observemos por último, en sus escritos de vejez, cómo revisa sus primeras ideas al respecto:

Mi preocupación en este tiempo contra todo lo que era español me enemistaba con la lengua Castellana, sobre todo con la más pura y clásica, que me era insoportable por difusa. Falto de cultura literaria, no tenía el tacto ni el sentido de la belleza. No hace sino muy poco que me he dado cuenta de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes/.../ se ve que no frecuenté mucho los autores españoles, no tanto por las preocupaciones antiespañolas producidas y mantenidas por la guerra de nuestra independencia, como por la dirección filosófica de mis estudios. En España no encontré filósofos como Bacon y Locke, ni publicistas como Montesquieu, ni juriscónsultos como Pothier. La poesía, el romance y la crónica en que su literatura es tan fértil, no eran estudios de mi predilección. Pero más tarde, se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España que ya no era tiempo desaprovechar, infelizmente para mí, como se deja ver en mi manera de escribir, la única lengua en que no obstante escribo⁴³.

Reformula dos ideas: en primer lugar, después de criticar toda su vida a la lengua española reconoce sus méritos, y en segundo término, lamenta no haber aprovechado la tradición literaria de la ex-metrópoli.

En síntesis: asume una actitud de arrepentimiento. Su odio juvenil hacia todo lo que fuese español no le permitió disfrutar aspectos fundamentales de la cultura hispana.

⁴⁰ Rafael A. Arrieta, *La literatura Argentina y sus vínculos con España*. Ed. *Uru-girópolis librería y ed. «Uruguay»*, 1957, pág. 152.

⁴¹ «*Evolución de la lengua Castellana*» en Juan B. Alberdi, op. cit., pág. 190.

⁴² «*Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina*» en Juan B. Alberdi, *Autobiografía con prólogo de Jean Jaurès*, Buenos Aires, Jackson, 1945, págs. 52 y 62.

⁴³ «*Mi vida...*», op. cit.

Conclusiones

Finalmente, surgen dos imágenes de España en la obra de Juan Bautista Alberdi. Veamos, ahora, las líneas de continuidad y ruptura.

Alberdi elabora una primera imagen de España en sus escritos juveniles en la década del 30. Despliega aquí un antihispanismo casi en bloque.

La península ibérica se ofrece poco atractiva: cerrada y aislada económicamente, con costumbres retrógradas, instituciones monárquicas y una cultura que había destacado en el pasado por una conquista destructora y en el presente por conservar valores identificados con la Edad Media. España es más bien el contra-modelo y las comparaciones con el paradigma cultural francés y el paradigma inglés no dejan dudas en nuestro autor.

A esto hay que sumar el optimismo alberdiano sobre el futuro argentino. La apertura al comercio exterior abría amplias expectativas. A lo que hay que agregar que España continúa con su afán colonialista. La posición de Alberdi, en este contexto, es que la actitud de acercamiento debía venir de la península y los tratos debían hacerse entre países iguales.

Alberdi considera la Revolución de Mayo sólo como una independencia política. Plantea, entonces, completar la soberanía política emancipando la cultura. Destacamos otro motivo antihispanista: la emancipación de la lengua. Alberdi postula un estilo americano en el uso de la lengua pero entiende que contrariamente al purismo de la Academia Española, el pueblo debe alterar las lenguas y que, además, éstas mejoran por el cruzamiento con otras lenguas. Para terminar manifestando que hay que imitar la lengua francesa con el objeto de perfeccionarla. En esta postura contra la lengua española permanecerá *casi* toda su vida.

En síntesis, el antihispanismo puede enmarcarse en el interés alberdiano de diferenciarse de España para afirmar la propia personalidad nacional pero, paradójicamente, adaptándose al modelo cultural francés.

Su solidaridad con la joven España relativiza este antihispanismo en bloque. Los jóvenes españoles y Alberdi compartían los mismos problemas: costumbres retrógradas y ausencia de una tradición intelectual. La crítica a estos dos aspectos de la cultura contemporánea hispánica, heredadas por América, no variarán en toda su obra.

Alberdi desarrolla una segunda imagen de España en su producción de los años 40 hasta su vejez. Señalemos las líneas de discontinuidad. Nuestro autor, reconsidera positivamente el legado español desde varios aspectos. Revaloriza la conquista hispánica porque incorpora América a la civilización europea. Mantiene su crítica a las costumbres y con el objeto de modificarlas construye una teoría de transplante poblacional, planteando una segunda de migración europea. Esto traería nuevos hábitos económicos y culturales.

Para su proyecto constitucional esbozado en *Bases*, recupera algunos aspectos de la tradición política de la colonia: antecedentes unitarios y federales, así como tam-

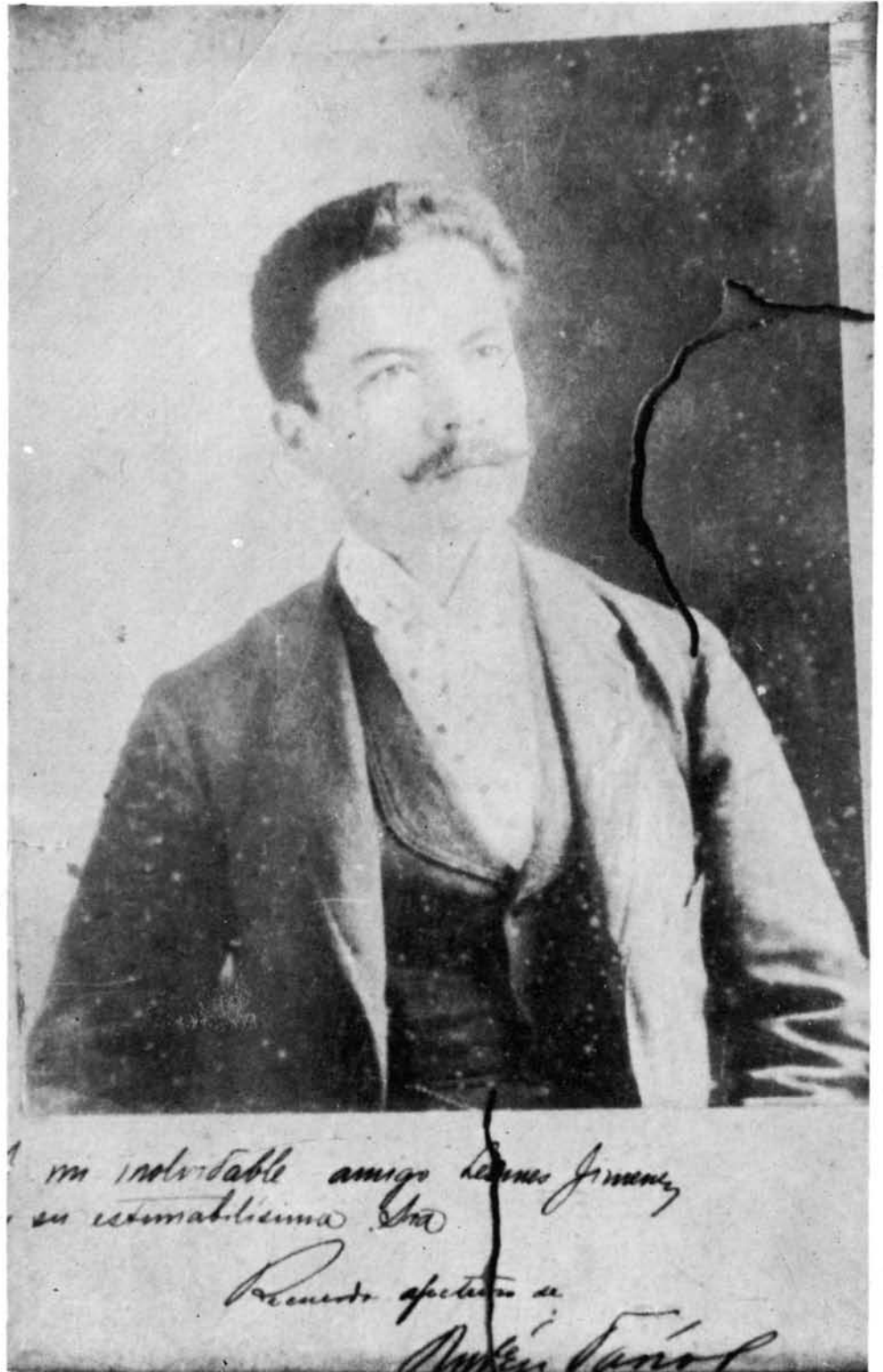
bién el centralismo monárquico. Por otra parte, rescata valores tradicionales, por ejemplo, el catolicismo como un medio de pacificación social.

En oposición a sus actitudes juveniles expresa el deseo de un acercamiento con España. Este debía darse entre naciones iguales. Manifiesta sus anhelos por renovar los lazos con la Península en varios escritos, pero de manera concreta, en la firma del tratado con España en 1857 (que no se ratificaría) y en su acuerdo para ser miembro correspondiente de la Academia.

Por último, en su autobiografía se arrepiente de su ofuscamiento juvenil contra la ex-metrópoli. Reivindica, ahora, la lengua española y su literatura clásica. Con este gesto, Alberdi completa su reconciliación con la madre patria.

Alejandro Herrero





Rubén Darío